



LA LOGIA COMO CENTRO DE LA UNIÓN

Por el Q.:H.: José R. Otazo Martínez

Venezuela

Gentileza del Q.: H.: Carlos Verhelst

Las Constituciones de James Anderson de 1723, mandadas recopilar de antiguos textos del Gremio de Constructores por George Payne, Gran Maestro y el por el duque de Montagú, también Gran Maestro, refieren interesantes asuntos de vital importancia para la formación masónica de los hermanos de ayer, hoy y siempre. Son temas que estandarizan el pensamiento y la actitud de los frateres respecto de contenidos esenciales en la formación del pensamiento masónico, tanto intelectual como espiritual.

Ciertamente, la libertad de pensamiento abona interpretaciones que cada miembro de nuestra Orden forma en su «yo interior», una vez que se enfrenta a los símbolos, rituales y otras enseñanzas de la Institución, pero algunos temas son tan básicos que requieren uniformidad y aceptación para poder ingresar y pertenecer a la Masonería universal. Algunas de las enseñanzas que podemos abreviar en los textos fundacionales de Anderson son el concepto de Dios y la religión, la conducta de los masones entre sí mismos dentro de la Logia, fuera de ella, con los amigos, el vecindario e incluso ante extraños (profanos o “cowans”) que pro su condición de tales no son masones. Por supuesto, las Constituciones nos presentan los fundamentos míticos de la Masonería y los reglamentos según los cuales deben operar las Logias y la naciente Gran Logia. El documento de Anderson, aprobado por el pleno de la Gran Logia en 1723, el 24 de junio, es fuente de derecho masónico y el referente internacional de la Masonería para organizarse, funcionar y reconocerse. Luego vinieron otras normas, adecuaciones y, finalmente, las reglas de 1929, emitidas por la Gran Logia para regir las normas de reconocimiento.

Sin embargo, uno de ellos define la naturaleza y la función del espacio masónico cuando afirma que la Logia es el *Centro de la Unión*. Uno se pregunta, ¿qué quiso decir Anderson con esta expresión? Para comprenderlo a cabalidad quizá debamos estar concientes de los tiempos que se vivían en Inglaterra y en Europa en los años anteriores a 1717 y 1723, años de fundación de la Gran Logia de Londres y de la Gran Logia de Inglaterra, propiamente dicha. Debemos saber también que los padres intelectuales del movimiento del *renacimiento* masónico fueron Jean T. Desaguliers y el propio James Anderson, y no estará por demás abundar que ambos fueron pastores presbiterianos, es decir, de teología

calvinista, el primero francés —hugonote— y el segundo irlandés. No debemos tampoco desconocer que la Inglaterra de los años en que nació la Gran Logia era una nación cuyo rey depuesto, Carlos Eduardo Estuardo, era católico y que la casa gobernante que arribó al país era alemana, la casa de Orange, y por lo mismo, protestante. En Inglaterra se debatían los asuntos religiosos de modo tan intenso como en el resto de Europa.

Justamente, Desaguliers padre, habría llegado al sur de Inglaterra escapando de su país natal, Francia, donde recientemente había sido revocado el Edicto de Nantes, documento emitido por Enrique IV en 1598, y según el cual se autorizaba en Francia la libertad de cultos a los protestantes, luego de persecuciones y denostaciones constantes hacia ellos, tanto de parte de la iglesia romana como por parte de la propia feligresía. El mote de “hugonotes” era de hecho una forma peyorativa con que los clérigos y el populacho designaban a los protestantes franceses. Tiempos antes, las guerras de religión habían hecho verter mucha sangre, pues el fanatismo, la superstición y la ignorancia habían sido, desde entonces, las causas verdaderas de la intolerancia. Pero el documento de Nantes logró crear un “suspense” y con él se pudieron lograr las bases de una incipiente tolerancia religiosa que logró domar las animadversiones y las pugnas entre hermanos de la misma religión, el cristianismo. Enrique IV, también hugonote, finalmente se convirtió al catolicismo con el único fin de poder alcanzar el trono francés. La ambición de poder se había colocado, una vez más, por encima de la fe y de las convicciones. Así que sobrevino la revocación del Edicto conciliador y con ella la renovación de las pasiones, que parece habían estado contenidas, pues resurgieron con renovados bríos.

Cuando los Desaguliers llegaron a Inglaterra, el niño (que después habría de ser uno de los padres intelectuales del *revival* masónico de 1717 y 1723 y auxiliar de Isaac Newton en sus trabajos experimentales y además director, nada más y nada menos que del Museo de Oxford), tuvo que ser introducido en una valija a riesgo de morir asfixiado. Ya establecidos en Londres, Desaguliers padre, también ministro presbiteriano, se vinculó con la familia. Anderson, que por su parte, habría llegado a Londres hacia 1709 o 1710, desde Aberdeen, Escocia, su país natal. Ambos, Desaguliers y Anderson fueron pastores presbiterianos y vieron con agudeza los climas sociales y los ambientes de rispidez y de enemistad violenta que provocaban las diferencias de fe religiosa. Observaron que no había sociedad alguna, ni en Inglaterra ni en el continente, que procurasen amalgamar los diferendos en un contexto de paz, armonía y concordia. El cristianismo, en sus esencias primigenias, parecía muy distante de las apreciaciones, tanto de los clérigos romanos como de los protestantes. Unos y otros parecían más ocupados en tomar y recuperar posiciones de poder que de inculcar las enseñanzas y los principios del cristianismo. La política se decidía pro filias religiosas y por convenios matrimoniales y había que entenderlo así. De modo que abajo, entre la plebe, quedaban los resabios de conflictos que las clases altas generaban. ¿Un Centro de la Unión?

¿Cómo sería posible crear un espacio social, fraterno y amalgamador que se constituyese en un *Centro de la Unión*?, ¿qué clase de individuos habría que elegir y bajo qué clase de ambientes simbólicos, morales e intelectuales había que congregarlos para que se gestara un círculo de amigos? Evidentemente se trataba de un proyecto genial, pero al mismo tiempo difícil por varias razones. Los entornos políticos no eran propicios, pues Inglaterra estrenaba realeza, ya que los Orange habían depuesto a los escoceses Estuardo y, además, reunir en un solo espacio a miembros heterogéneos de la sociedad londinenses era casi un sueño. Un Lord y un Duque al lado de un sastre o de un carpintero no era lo que un inglés típico de 1723 esperaría ver en un club o en una sociedad cualquiera. No al menos en Inglaterra. Pero además las condiciones políticas tampoco eran lo más halagüeñas, pues la sociedad inglesa se había partido en dos, y unos apoyaban con nostalgia a los antiguos reyes, los Estuardo, y otros se manifestaban proclives a los alemanes de la casa de Orange. ¿Qué representaban en la Inglaterra de principios del siglo XVIII, el de las Luces, el Libro de las Constituciones de Anderson?, ¿qué significado podrían tener las Constituciones de Anderson para el resto del mundo? Con los textos fundacionales de la Gran Logia de Inglaterra nacía, en primer término, la moderna Masonería, y ella se convertía en el lugar de encuentro de hombres de cierta cultura, con inquietudes intelectuales, interesados por el humanismo como fraternidad, por encima de las separaciones y de las oposiciones sectarias, que tantos sufrimientos habían acarreado a Europa las guerras motivadas por los conflictos religiosos desatados a consecuencia de la Reforma luterana y de la Contrarreforma, la reacción de la iglesia romana. Con la Masonería moderna, especulativa, filosófica y simbólica, nacía también el humanismo y la verdadera Ilustración europea. Veía la luz también el espíritu del pensamiento universalista y fraternal, tolerante y auténticamente ecuménico. Las Constituciones de Anderson —la Masonería misma— son la cuna del ecumenismo espiritual, religioso, fraternal e intelectual, incluso social, que permitió que en una Logia pudiesen convivir los hombres más allá de sus diferencias de clase social, de fe, inclinaciones políticas o de otra clase. La Logia reunía a hombres de todo tipo con tal que fueran libres y de buenas costumbres, que creyesen en Dios y estuviesen dispuestos a vivir una vida de honor. La Logia, como Centro de la Unión era eso, un verdadero espacio de convergencia, un espacio de reunión en el marco de un clima social marcado por la intolerancia y el fanatismo religioso. ¿No era esta una conquista fenomenal y grandiosa?

El artículo fundamental de las Constituciones que dieron origen a la Gran Logia de Inglaterra en 1723 lo subraya claramente al afirmar:

Aún cuando en los tiempos antiguos los masones estaban obligados a practicar la religión que se observaba en los países donde habitaban, hoy se ha creído más oportuno, no imponerle otra religión que aquella en que todos los hombres están de acuerdo, y dejarles completa libertad respecto a sus opiniones personales. Esta religión consiste en ser hombres buenos y leales, es decir, hombres de honor y de probidad, cualquiera que sea la diferencia de sus nombres o de sus convicciones.

¿Puede encontrarse más belleza y solaz clima de paz y armonía? Léase bien: Practicar la religión en la que *todos los hombres están de acuerdo*. ¿En qué consiste esta religión? En ser hombres buenos y leales, *hombres de honor y de probidad*, así de simple.

Luego se dijo: “El verdadero culto a Dios consiste en las buenas costumbres”. Más tarde, en el seno de nuestras Logias, se ha enseñado: “Haz el bien y deja hablar a los hombres”. Las Constituciones enseñan a los masones —y a los candidatos que aspiren a serlo— que el masón está obligado por vocación a practicar la moral y, *si comprende bien el Arte* jamás será “estúpido ateo ni libertino irreligioso”. La Logia deja, a las particulares opiniones de sus miembros sus filias religiosas, cuidando que en el seno del Taller solo se proclame la existencia de Dios como Gran Arquitecto del Universo y que no se discuta ni sobre religión ni sobre política. ¿Pueden oírse, acaso, palabras más elocuentes en el seno de una sociedad marcada por las guerras de religión y por los odios del fanatismo? La iglesia romana no tardó en sospechar que en una Logia se reuniesen hombres juramentados por estos principios y que no fuesen esencialmente católicos, pero si cristianos de todas las denominaciones conocidas. Esto — en el seno y en la esencia misma de la intolerancia— no podía permitirlo la iglesia romana y de inmediato cayeron las primeras excomuniones y los primeros anatemas hacia la Masonería. Los papas romanos veían en las Logias centros de conspiración, cuando en realidad no eran sino espacios de comprensión humana, auténticamente cristiana y universal.

Pero precisamente por la calidad humanista, filosófica y espiritual de los principios masónicos, la Logia se constituye en el *Centro de la Unión* y en el medio más auténtico para cultivar la amistad entre personas que, de otro modo, habrían permanecido distanciadas entre sí para siempre.

Dice Anderson: “Y si comprende bien el Arte...” ¿Cuál Arte y cómo comprenderlo bien?

La Masonería es una edificación teórica sobre el arte de la construcción. Es una arquitectura simbólica que levanta edificios igualmente simbólicos y en la que cada masón es un operario, un auténtico obrero del trabajo interior que construye a cal y canto su propio ser. Usa herramientas, instrumentos y conocimientos que le permiten avanzar. Estos conocimientos nos vienen de “nuestros remotos antepasados” y constituyen la Ciencia Sagrada que es la fuente, la base y la esencia de todas las religiones y de todas las manifestaciones, antiguas y modernas. La conocieron los egipcios, los mesopotámicos, los hindúes, los mayas y los caldeos, los judíos en la cábala, y en general todos los Libros Sagrados de la Humanidad contienen los principios de esta *Ciencia Sagrada*. Esa doctrina contiene la esencia del Arte. Por ello, “comprender bien el Arte” es comprender el fundamento de la existencia, la enseñanza y la filosofía de los antiguos. Un hombre que comprende bien el Arte es un ser universal, un ser que está más allá de los credos particulares y excluyentes de las religiones positivas, es un hombre que comprende la esencia del Ser y que sabe en el Ser esta todo y en éste radica el Ser en la Unidad y en la más perfecta Armonía de las esferas celestes.

Y si esto queda claro en la mente de cada masón, entonces entenderá perfectamente que la Logia es un Centro de la Unión... que la Logia es el

Universo y su expresión simbólica más acabada... Que la Logia es el espacio para que los hombres se entiendan, se comprendan y construyan las bases de una sociedad mejor, sin injusticias ni intolerancias, sin fanatismos ni supersticiones.

Por eso, debemos postular: ¡Juntos y en Armonía...!